

social de su época y los que se revelan contra la injusticia ambiente. Por pereza o por limitación de espíritu, los primeros contribuyen a la perpetuidad de todas las intolerancias y todas las tiranías que cohiben la ventura humana. Por impulso generoso, los segundos aceleran la emancipación moral de los seres, ensanchando el horizonte de la conciencia social. Aquellos escritores vienen a ser, acaso sin proponérselo, cómplices en las injusticias del pasado. Los otros preparan con varonil lucidez el porvenir.

Al segundo están afiliados, por la noble estirpe de su sensibilidad y su entendimiento, Galdós, Benavente, Dicenta y Linares Rivas. La obra de aquellos, es moralmente ortodoxa. En ningún caso, se aventurarían a combatir de frente ninguno de los innumerables prejuicios sociales en circulación. Operan sobre la época presente como si viviésemos en pleno bienestar, como si no hubiese egoísmo que corregir ni injusticia que enmendar. Los dramaturgos de la segunda categoría—la primera en el orden jerárquico—, lejos de compartir aquel sumiso optimismo, disienten francamente de él y en vez de respetar las ideas y los sentimientos de su época, los analizan fríamente y en muchos casos los disuelven. Son los descontentos, los heterodoxos, los demoledores, los que anuncian el pensar y el sentir de la edad futura...

El señor Linares Rivas, ha realizado victorio-

samente una incursión al teatro de ideas, ya explorado con generosa audacia por Ibsen y Bernard Shaw. «La garra» es un duelo entre la independencia sentimental del individuo y las preocupaciones sociales de su tiempo. Ha sido un acierto más del eminente dramaturgo el situar la acción de su obra en un medio que, por lo atrasado y lo mezquino, había de hacer más despótica la presión de la sociedad sobre el individuo. Campanela, región de la geografía ideal es, según parece, Santiago de Compostela; pero puede ser también Burgos, Avila o Zamora, cualquiera de nuestras viejas ciudades españolas, en las cuales las almas interrumpieron su actividad hace tres siglos. Allí la vida espiritual está enrasada por nivel que fabricaron la tradición y la costumbre.

Los pensamientos discurren en cauces fijos e inalterables y las pasiones, no se atreven a disonar del compás de la religión; una religión degenerada, que ha concluido por emparentar, a fuerza de ser vesánica, con el fetichismo. ¿Cómo se resignan, sin embargo, Sol de San Payo y su marido a vivir en semejante sentina de estupidez y pacatería? Ellos, que han leído y han viajado, que son sensibles a los elementos contactos de la civilización más refinada ¿cómo pueden soportar la muda e implacable tiranía de aquel mundo tan mezquino? ¿Por qué no se evaden de Campanela, al advertir el menor indicio de peligro para su felicidad?

Esa medida que debiera serles dictada por el instinto de conservación, no llega, a pesar de todo, a brotar de su voluntad. ¿Por qué? Qué sé yo; tal vez porque al entrever la tragedia que va a destruir su hogar, caen los dos en ese abatimiento que aprisiona la inteligencia y que, por lo rudo, parece la presión invisible de la fatalidad. Los hechos que acarrearán la tragedia, están expuestos con sencillez. El Marqués de Montrove, se ha casado con Sol de San Payo por amor. El tiempo y el cariño, han dado a aquella unión la permanencia de todo lo fecundo, de todo lo que, por estar cimentado en el corazón y en la conciencia, parece indestructible. El matrimonio ha salido ya de esa efímera etapa de las fogosidades carnales, a la cual suele poner término, generalmente, la maternidad. Hay hijos de por medio. De improviso, surge el drama, no por la infidelidad de uno de los cónyuges—que eso sería vulgar—, sino por la contradicción entre el amor y la ley escrita.

El Marqués de Montrove, antes de ser el marido de Sol de San Payo, estuvo casado en los Estados Unidos con una dama yanqui y aunque un divorcio legal desató el nudo, como aquella legislación exótica, que debiera tener unidad universal, no es efectiva en España, la Iglesia y sociedad consideran al Marqués como un ejemplo de bigamia. A ser Sol de San Payo mujer de cierto temple de espíritu, aquella oposición de la fa-

talidad a su dicha, no tendría importancia. Con emigrar de Campanela y de España, si fuera preciso, el conflicto quedaba conjurado. Pero no hay, desgraciadamente, en nuestro país mujer emancipada por entero de prejuicios. Sol de San Payo es hermosa, inteligente, culta, moderna.

Frente a realidades morales que no la conciernen, que no tangentean su existencia, discurre con lucidez y generosidad. Ahora bien; aquella mujer conserva en su espíritu la diátesis católica. Es creyente, es ortodoxa. A sus ojos el Marqués de Montrove, no solamente representa el deshonor social, inherente a la bigamia, sino que representa el pecado que acompaña a la infracción de la doctrina de la Iglesia... Al fin, el marido, sin el amparo de su amor, acechado por la malicia social, cercado, acosado por todo el fariseísmo que se reputa heredero de Jesús, desenlaza el conflicto, dándose la muerte. Un hogar se ha roto, un hombre ha muerto, una felicidad se ha desvanecido; pero la Iglesia y la sociedad han triunfado.

He ahí el drama, descrito y comentado a la ligera. El señor Linares Rivas, puede envanecerse de haber llevado al teatro un problema de vital interés para la sociedad española.

El pensador y el artista se han impuesto, como decía al principio, victoriosamente. De ello tuvo pruebas sobradas el ilustre dramaturgo en

los calurosos y frecuentes aplausos con que fué saludado por el público que llenaba la sala.

MANUEL BUENO.

«LA MAÑANA»

Manuel Linares Rivas obtuvo anoche un gran éxito en el estreno de «La garra», su nueva comedia.

El público no se contentó con ovacionarle al final de cada acto y varias veces, interrumpió la representación con nutridas salvas de aplausos.

La comedia merece este triunfo.

La pintura de personajes es primorosa; las escenas delatan la pericia de un maestro y el diálogo es limpio, dúctil y elegante.

El espectador se rinde en los primeros momentos a la intensidad de la acción que se desarrolla en el ambiente de austeridad, de rancio cristianismo, de las costumbres sencillas y seculares de Campanela, donde la virtud y la fe imperaron siempre, por tradicional convencimiento de quienes las acatan.

«La garra» es ese ambiente formado por el amor a lo viejo, que se considera lo único bueno, y en el que, según Linares Rivas, alienta el error que ahoga la alegría de vivir, porque los ascetismos son inhumanos para el comediógrafo.

XAVIER CABELLO.

«LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.»

¿Quién podrá negar que Manuel Linares Rivas es maestro en el género que cultiva?..

Sin ser un satírico a lo Juvenal, ni un humorista a lo Mark Twain, sus obras tienen todas ellas una ironía suave y cáustica a la vez, recordando por su factura y sus tendencias—aparte de las naturales diferencias de costumbres y latitud—las comedias ligeras del gran Oscar Wilde, cuya muerte moral primero y física después, será siempre un baldón de ignominia para el pueblo inglés, que debió perdonar los vicios del hombre, en gracia al talento del poeta. Los que conozcan la labor dramática de Oscar Wilde dirán si *Lady Windermere's fan*, *A woman of no importance* y *The ideal husband* no son dignas hermanas de *Maria Victoria*, *La cizaña* y *El abolengo*.

Pero la frivolidad, la ligereza que constituía el fondo de las obras de Linares Rivas y que ha sido la base de su envidiable y merecida fama, ha sido explotada por la crítica como una tacha de su labor literaria; y como en este mundo, es un pícaro defecto, inherente a nuestra naturaleza, ambicionar siempre algo más de lo que tenemos, Linares Rivas ha querido demostrar que tiene bríos para empresas más elevadas y se ha lanzado de lleno al campo de la comedia dramática.

El problema del divorcio y de sus consecuencias, es cosa tratada durante veinticinco años por novelistas y dramaturgos.

Cuanto más manoseado está un asunto, más difícil es de tratar y mayor el mérito del escritor, si consigue interesar al público. Esto es lo que sucede con «La garra» y por eso yo, de todo corazón, felicito al autor, por el éxito alcanzado.

«La garra» es una hermosísima comedia, que todo Madrid aplaudirá en el teatro de la Princesa.—L.

«EL RADICAL»

«La garra» es una obra que, por su trascendencia, por su tesis, por su significación en el teatro y por la personalidad de su autor, más que una ligera reseña escrita con apremiaciones de tiempo y espacio, merecería un detenido análisis que pudiera responder a los importantes extremos que abarca.

«La garra» es una valentía, tanto en el autor como en la Empresa. Por eso, es mucho más simpática y digna de nuestro aplauso. Que Galdós llevase a la escena su celebrada «Electra», nada tenía de extraño, dadas las ideas del que escribió «Gloria»; pero sí lo es que Linares Rivas, senador de las derechas, aborde un problema como el planteado en «La garra».

Del trazado de la obra, sólo elogios merece

Linares Rivas. Los caracteres, las situaciones, el ambiente gallego, los diálogos, el interés teatral, la manera de conducir el asunto, los personajes complementarios, todo está hecho de mano maestra.

EDUARDO RUDICOBERRY.

«LA TRIBUNA»

En «La garra», obra que anoche se estrenó con gran éxito en la Princesa, D. Manuel Linares Rivas plantea un problema interesante.

Aparte del «asunto», que revela una nueva manera de su autor, la obra está admirablemente escrita; su forma es bellísima, como hermana de «El abolengo».—T. B.

«EL PAIS»

No dejaba de extrañarnos el obstinado silencio de nuestra escena ante un síntoma especial dentro de las dolencias generales de la sociedad española, que asienta precisamente en las raíces mismas de la vida y en la intimidad de muchos hogares, aparentemente resignados. Los legisladores, tan atentos a la promulgación estéril de minucias sin cuento, callaban también y habíamos de creer que el problema no existía, que su planteamiento carecía de realidad entre nosotros o que un miedo colectivo, el lamentable temor

de alterar la tranquilidad del pantano, detenía en los labios y en las plumas la enunciación requerida. Y era Manuel Linares Rivas el que anoche se decidía a llevar al teatro esa horrenda palabra del «divorcio», sugerida a cada paso por el regocijado estrépito de los «vaudevilles» franceses. El dramaturgo no iba, sin embargo, a la simple presentación de una unión desdichada, cuyo rompimiento debieran haber previsto las leyes nacionales. Perspicazmente, comprendía la inutilidad de un derecho que no fuera aplicable dentro de los hábitos del medio y señalaba de modo harto claro el lugar del obstáculo.

Y el acierto mayor de Linares Rivas en esta obra notable que anoche conocíamos, estaba precisamente en la pintura de ese ambiente, con trazos felicísimos y completos. Cuanto pudiéramos censurar en la construcción, en la extraña y evitable brusquedad con que recibe la familia la noticia de la situación anterior del Marqués de Montrove y el convencional caso de Santa San Payo, casada y sin tener noticias del paradero de su marido, todo sería perdonable en gracia de la perfección con que nos muestra las influencias que gravitan sobre los personajes. No es una obra anticlerical en el sentido vulgarísimo, ni es obra circunstancial de exclusiva discusión de modos legales vigentes, porque obtiene apoyos efectivos en la vida misma, llevando el temporal a lo más íntimo de la conciencia, allí donde se

cobijan los afectos más sagrados. Ni siquiera definiendo una «tesis» esta vez Linares Rivas.

Expone el suceso, lo que le motiva, y declara, en el pistoletazo final, la carencia de soluciones viables. Otros tiempos, otras idealidades, modificarán un día el ambiente; un día que deje de llover en Campanela y las agujas de su catedral sean besadas por el sol. En cuanto al procedimiento, olvidando los disculpables recursos anotados al principio, es de una honradez casi ejemplar, que avalora los merecimientos del drama.

Los espectadores aprobaron sin regateos y el éxito de «La garra», fué uno de los más brillantes de los últimos tiempos y uno de los más justos también.

Una gran noche, en suma, para el autor y los artistas de la Princesa.

JOSÉ ALSINA.

«ESPAÑA NUEVA»

Don Manuel Linares Rivas ha conquistado anoche, con su nuevo drama «La garra», el más clamoroso éxito de su brillante carrera artística.

Desde las primeras escenas, la belleza del diálogo y el interés que desde luego logra despertar el hábil comediógrafo, cautivaron al auditorio y bien pronto sonaron los primeros aplausos en honor de la señora Torres, admirable intérprete de uno de los papeles episódicos, que

el talento de la actriz convirtió en muy principal.

Desde entonces, el público se entregó completamente y en cada mutis, obligó a los actores a volver al proscenio y ciertamente con gran Justicia, pues así María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, en los protagonistas, como la Cancio, la Salvador, Codina, Mariano Díaz, Juste y Cirera, en su importante intervención y los demás, en los papeles más insignificantes que les encargaron, todos merecieron grandemente los aplausos que el auditorio derrochó en su honor.

En cuanto al autor, reclamóse su presencia en la escena al finalizar el primer acto, repetidas veces: en el segundo, al terminar una escena trazada de mano maestra, fué preciso interrumpir la representación para poder dar cumplimiento a la exigencia del público, que deseaba ver nuevamente a Linares Rivas en el proscenio; y a la conclusión del drama, hubo de levantarse la cortina una y otra vez, hasta más de una docena, en medio de una de las más grandes y unánimes ovaciones que se han escuchado en el teatro de la Princesa.

El drama, que es el conflicto entre la vida y la ley de su conservación, y los prejuicios que la sociedad y la religión imponen, está hecho con singular valentía y con la maestría natural en comediógrafo de la talla del señor Linares Rivas.

P. N.

«DIARIO UNIVERSAL»

“LA GARRA”

La comedia dramática estrenada anteanoche por la compañía Guerrero-Mendoza, suscitará seguramente vivas controversias y, lo que aún será más, terribles anatemas, más sorprendentes e inusitados, por ir a caer sobre un senador vitalicio conservador. *La garra*, en efecto, y bien sabe Dios que no lo digo en son de censura, es una comedia tremendamente revolucionaria.

De esa primera condición, saca una enorme fuerza dramática, que anoche determinó calurosas interrupciones, en que el público subrayaba con aplausos las opiniones valientemente sostenidas por el autor. En una escena del segundo acto, sobre todo, esa compenetración espiritual entre el autor y los espectadores, se marcó de tal manera, que apenas si pasó frase alguna sin su aplauso correspondiente.

Posible es que muchos de los que así aplaudieron anoche, hoy lo hayan pensado mejor y no suscriban todo lo que el señor Linares Rivas hace decir al Marqués de Montrove; pero esto mismo, que además, no sería completamente justo, hace más patente el triunfo del autor dramático: el señor Linares Rivas supo ayer arrastrar a la muchedumbre; era lo que, como drama-

turgo, se había propuesto y nadie podrá negar, por tanto, el buen éxito de su empresa.

Para llegar a él, puso en su obra algo más que un problema candente y arduo, por lo menos en determinados medios sociales; puso una exacta visión de la realidad y, mediante ella, una pintura fidelísima de un medio ambiente, que por sí sola, aun no habiendo más en la obra, bastaría para hacer de *La garra* una obra estimabilísima; quizá la mejor entre las del señor Linares Rivas.

Aquella *Companela*, en que los personajes de *La garra* viven, no necesita la semejanza fonética de nombres para que todos reconozcamos en ella a *Compostela*; el retrato es fidelísimo y mediante él, el señor Linares Rivas, convirtiendo, como es justo, el escenario en laboratorio de biología social, nos da una demostración más del principio darwiniano, que nos dice cómo forma, deforma y transforma a los seres el medio ambiente.

Este es *La garra*, que oprimiendo los corazones, deformándolos, los lleva cruelmente a la tragedia; y esa garra, está estudiada en la nueva obra del autor de *El abolengo* con cuidadoso esmero detallista, de anatómico y de histólogo, de tal manera, que no pueda quedarnos duda acerca de cómo obrará; y así, cuando llega la catástrofe—pese a los que anoche acusaban al señor Linares Rivas de poco valiente al final de su obra—, nos parece naturalísima y lógica; tan na-

turalísima y lógica en aquel ambiente, como sería absurda en aquellos otros de que Antonio o el Cónsul vienen.

En esta diferencia, está la justificación de la naturalidad con que Marcelo, el Cónsul, provoca la catástrofe; viviera antes y más tiempo en *Campanela*, y muy seguro es que no hablara del primer matrimonio tan descuidadamente como lo hace.

Esa pintura del medio, que me parece, lo repito, mérito superior de *La garra*, se traduce en todos los detalles de la comedia: lo mismo en las figuras (de que es modelo, por lo típica y característica, la de *Primitiva*), que en el léxico y en los giros del diálogo. Todo allí, desde el monótono hablar de la lluvia, reflejo de la monotonía tediosa de la lluvia misma, hasta la misma resignación, más o menos clamorosa, con que el Comandante se rinde, finalmente, a la fatalidad, sirve a la composición del cuadro, a la tremenda deformación de caracteres, que, apagando en los hielos de un deber inhumano y por eso, equivocado quizá, el abrasante amor de Sol de San Payo, pone en sus labios la palabra homicida.

El mismo conflicto, puesto en otro ambiente, no sería conflicto. Las leyes humanas no son, por fortuna, inclementes por igual en todas las latitudes, y allende el mar, o más cerca aún, allende las fronteras, nada se opondría a que Anto-

nio y Sol continuasen siendo felices, a no ser que el matrimonio viviese en otra Compostela, en que la ley humana fuese considerada, como en la pintada en su nueva obra por el señor Linares Rivas, como un accidente sin importancia, como algo injustamente absurdo, contra lo que es necesario ir resueltamente, cuando se opone a la ley divina.

En este punto, es ya más arduo el problema planteado por el señor Linares Rivas en *La garra*; cuando Antonio discute con el Doctoral, en la escena del segundo acto, pone en duda la infalibilidad de las autoridades que el eclesiástico cita más tarde. Sol pregunta si, como se equivocaron una vez los que la llevaron a la catástrofe, no se equivocarán otra; nada más soberbio, más contrario a la humildad divina del que nació en un establo, buscó sus apóstoles entre los pescadores y murió escarnecido, que arrogarse la representación de Dios para torturar a sus criaturas.

Pero este problema, el problema religioso del divorcio, por muchos que sean los argumentos del señor Linares Rivas contra la indisolubilidad del vínculo, seguirá siendo un problema de conciencia; Sol de San Payo lo arrostra todo, llegando el momento supremo, menos la excomunión: ¿es que contra tal modo de sentir, pueden valer los argumentos racionales?

Ahora bien, y aquí llegamos a la mayor hon-

dura del problema social planteado por el señor Linares Rivas: la conciencia es también un producto del ambiente; las contradicciones de los Concilios, según declara el Doctoral en su disputa con Antonio, son consiguientes a las diferencias de tiempo y de lugar: ¿cómo pedir a la conciencia que sea inmutable, ante esas diferencias diferenciadoras?

Pero en esto, está el peligro para el Sr. Linares Rivas y para su obra, que yo señalaba como inherente al revolucionarismo de *La garra*; hubiese llevado el autor el problema a la Comisión de Códigos en un informe luminoso, como los del Presidente de la Audiencia de Campanela; hubiérale traducido en una proposición incidental presentada al Senado, y nadie se conjuraría contra él; llevándole al teatro, temo mucho que los encargados de resolverle, piensen que es mejor arrojar la cara que el espejo y, dejando indefinidamente atados en la ley los matrimonios que desató la realidad, poco conforme con leyes que no sean las que dicta la Naturaleza, gasten su esfuerzo en combatir al dramaturgo, que se atreve a llamar sobre las injusticias legales la atención de las muchedumbres. Menos mal que al señor Linares Rivas no podrá sorprenderle el suceso; el Padre Muiños de su comedia, es una demostración viva y patente de que ni aun la tonsura misma, que es otro vínculo indisoluble, libra al que sanamente predica una moral y una

justicia humanitarias de que le recojan las licencias.

Por esto mismo, es más plausible aún la labor del Sr. Linares Rivas, que seguramente ha hecho su obra con plena conciencia, sirviendo a su pensamiento y acertando a servirle con toda la teatralidad—teatralidad buena, ya que, desgraciadamente, cabe distinguir—necesaria para hacerle llegar al corazón y al pensamiento del público. Por eso mismo, me parece más justo y más lógico el excelente éxito que en América obtuvo *La garra* y el excelentísimo que en la Princesa logró ayer.

La obra le merece, porque es a la vez una obra buena y una buena obra: una obra buena, porque el autor acertó a construirla con técnica perfecta, resueltamente alejada del amaneramiento que otras veces fué justo reprocharle; y una buena obra, porque hará pensar a las gentes, a poco reflexivas que sean, en la necesidad, no de modificar leyes, sino de transformar ambientes, que son, en definitiva, los que hacen las leyes, digan lo que quieran los legisladores que, envaneciéndose sin razón, se atribuyen ese trabajo; el Sr. Linares Rivas, por fortuna, no es de esos legisladores y por eso, ha hecho *La garra*, en lugar de hacer una proposición de ley, que quizá hubiese «pasado» sin escándalo, pero que, aun convertida en ley con todos los sacramentos, hubiese tenido menor eficacia.

La garra merecía más amplio análisis: pero el día nos ha traído otros cuidados y con lo dicho ha de bastar, sobre todo si en eño queda consignado un aplauso caluroso y entusiástico para el Sr. Linares Rivas.

También sería injusto no aplaudir a los intérpretes de la obra. La Sra. Guerrero, tuvo momentos de gran trágica y ya es sabido que esos son los mejores de su arte; la Sra. Torres, se nos mostró como una gran actriz, de las que saben desvanecerse para crear una figura escénica; el señor Díaz de Mendoza, acertó en su difícil papel; aún más completamente acertó el Sr. Codina, y los demás artistas, siguieron las tradiciones de la Casa, cumpliendo bien.

ALEJANDRO MIQUIS.